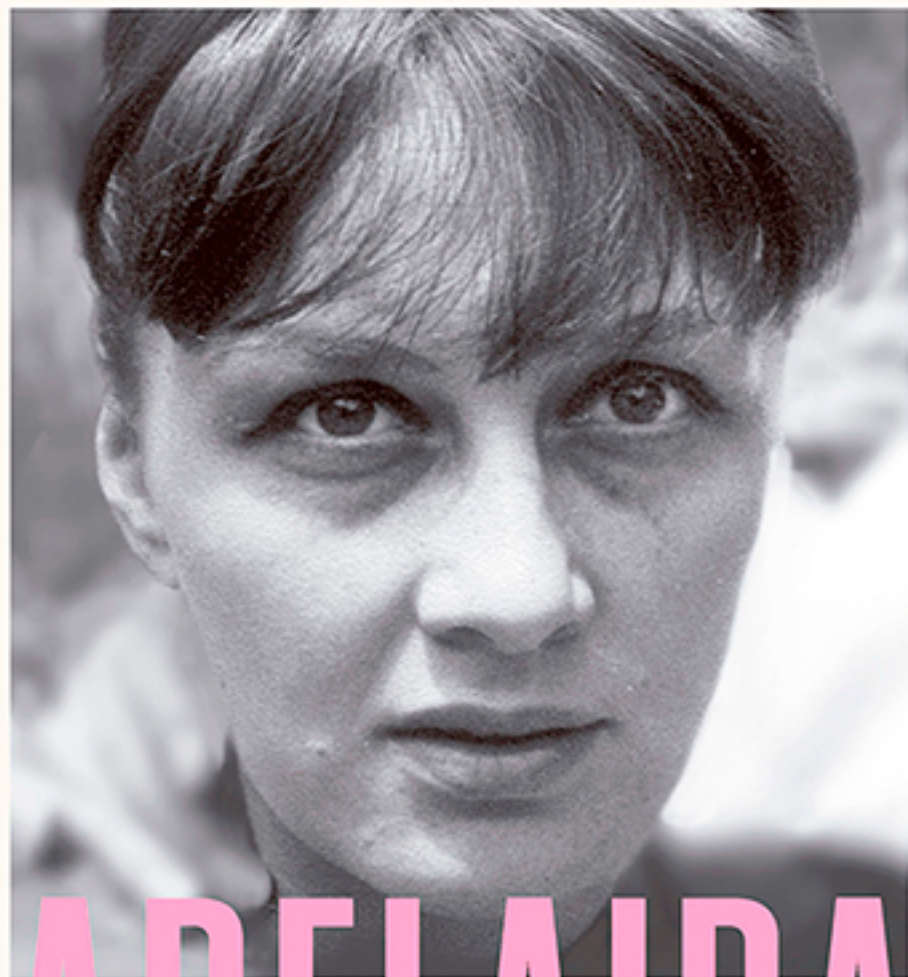


ADRIÁN N. BRAVI



ADELAIDA

«A través de la biografía de Adelaida Gigli, Bravi compone una vigorosa microhistoria de los años de plomo en Argentina, que es también una celebración del estrecho vínculo cultural entre Italia y Argentina». *-Pablo Maurette*

Novela biográfica

Ariel

ADRIÁN N. BRAVI

ADELAIDA

Traducción de Ivana Eva Costa

Ariel

I. Lo inesperado

ESTA HISTORIA COMIENZA EL 29 de agosto de 1976, delante del arco del zoológico de Buenos Aires, en los alrededores de Plaza Italia, donde se levanta el gran monumento ecuestre de Garibaldi.

Es un día de invierno, húmedo y frío. Debajo del arco, una reproducción en versión abreviada del antiguo arco triunfal de Tito en Roma, y un vendedor de globos aferrado a su espeso manojó, lleno de colores.

En las calles, una locura de autos y colectivos que vienen de avenida Las Heras y se dirigen a la avenida Sarmiento. A corta distancia, en una esquina de Plaza Italia (que tiempo atrás, hace más de un siglo, se llamaba Plazoleta de los Portones), hay una columna de mármol original del Foro Romano que fue donada en 1955 por la Municipalidad de Roma: tal vez la reliquia más antigua que exista en Argentina.

Por Las Heras va caminando una chica con corte de pelo à la *garçonne* y con una media sonrisa en los labios, más por su carácter que por las circunstancias. Hace casi

veinte días que no sale de casa, pasó todo ese tiempo vigilando, detrás de una cortina apenas entreabierta, el hormigueo constante de la calle. Muy de a ratos tomó entre manos el diario que está escribiendo para su hija y dibujó en sus páginas un animalito, un gato de largos bigotes o un conejo con mirada de preocupación. Tiene veintidós años y ese día salió con la intención de dar una vuelta por las calles de la ciudad. Le gusta ir a ver los animales en las tardes frías: los loros multicolores, los monos, las jirafas, pero tal vez lo que más la atraen son los elefantes, porque —como dice la canción del Flaco Spinetta, en un álbum que a ella le encanta escuchar desde el primer día— saben morir en paz y olvidar la propia soledad.

Sabe que ese domingo de agosto en el zoológico también van a estar algunos de sus compañeros, los que operan en la zona norte de la ciudad. No es una reunión operativa, se encuentran ahí para verse, para compartir un mismo dolor y para tratar de entender lo que está pasando a su alrededor.

Toma un colectivo en la calle Paraná y luego un taxi que la lleva hasta el final de la calle Lafinur. Apenas llega a Las Heras, empieza a mirar a un lado y a otro, con la sospecha de que la siguen. No es el caso, pero espera, o mejor dicho anhela, que una vez que haya llegado a la entrada del zoológico esos hombres que hace rato

que están pisándole los talones se esfumen. Tiene la impresión de tener siempre encima la mirada de los otros: sería lindo, piensa, poder volverse incorpórea según la ocasión, como el doctor Jack Griffin en *El hombre invisible*, la película que vio junto con su compañero Carlos Goldenberg (para ella, Carlitos).

Lleva en brazos a su hija de nueve meses, Inés, nacida a fines de noviembre de 1975. En el diario que empezó a escribir para ella, como sabiendo que antes o después ese momento iba a llegar, la llama con los diminutivos más curiosos y llenos de afecto. Es una beba con las mejillas rosas y dos pequeños incisivos que empiezan a despuntar en su boca.

Mini, como llaman a su mamá la familia y los amigos, la abrigó bien, con un gorrito de lana y un pompón en la punta. Mientras sigue caminando, nota un Ford Falcon gris que se detiene a su lado; descienden algunos hombres con anteojos oscuros, como los que imagina que la están siguiendo. Así que atraviesa el arco del zoológico, que en la parte superior tiene grabadas las palabras *Jardín Zoológico Municipal*. Avanza entre la gente, si bien no está segura todavía de que esos hombres estén allí específicamente por ella. Las calles internas del parque están llenas de personas paseando. Tiene que despistar a esos hombres, sean quienes sean. Ellos también entraron al zoológico, tanto los que caminaban detrás

de ella como los que bajaron del Falcon. Avanza por el camino que atraviesa el lago de los patos y sigue hacia el interior del parque. Conoce bien el lugar, el pabellón de los loros de estilo andaluz, el templo de Vesta, donde las madres pueden ir a dar la leche a sus hijos, el palacio de los osos: sabe qué dirección tomar.

Muchas veces en el pasado pensó en la voz del coro, al final de las *Bacantes* de Eurípides, autor que aprendió a amar de manera precoz: *Muchas formas tiene la divinidad. Los dioses realizan muchas inesperadamente. Lo esperado no se cumple, y el dios descubre una salida de lo inesperado.* Este cierre sobre la mutabilidad inesperada de la suerte humana no se encuentra solo al final de las *Bacantes*, sino que vuelve idéntica en otras tragedias euripídeas: *Andrómaca, Alceste, Medea, Helena*. Es, en fin, una fórmula conclusiva que contiene una reflexión sobre Tyche, la diosa del azar. Pero Mini no imagina que justo ese domingo gris de agosto un dios le abrirá el camino de una decisión que nunca había considerado, porque lo inesperado llega de improviso, sin compasión.

Ahora sí, tiene la certeza de que esos hombres están ahí por ella, alguno cantó que iba a ir a ver los animales o simplemente esperaban desde hacía días bajo su casa al acecho. Mientras empieza a correr hacia el palacio indio de los elefantes se choca con una pareja de ancianos que caminan despreocupados con un mapa del zoológico

en la mano. No sabe quiénes son, no sabe ni siquiera si puede confiar en ellos, pero en ese momento es lo único que tiene para aferrarse antes de cruzar el umbral de lo imprevisible.

Mini se detiene delante de la pareja prácticamente obstaculizándoles el paso, los mira fijo, primero a uno, después a la otra, con ojos desesperados pone a la beba en brazos de la mujer y se lanza a la carrera. Llega justo a tiempo a decir algo que los ancianos, en ese momento, no comprenden. Tal vez les pidió que la cuidaran o que la llevaran fuera del país, o simplemente les dijo el nombre de la pequeña. Ellos llegan a advertir que en la mirada de esa chica hay una súplica, la desesperación de una madre, lo indecible. Los ancianos abrazan a la niña justo a tiempo para ver a su madre desaparecer entre la multitud.

Mini sale corriendo y tras ella, una decena de agentes de civil, algunos bien vestidos, con mocasines y corbata.

Ese acto de amor extremo fue el último gesto voluntario de Mini; a partir de entonces no se supo nada más de ella, está desaparecida, tragada por el destino.

Otra versión de los hechos muy plausible dice que Mini, después de haber atravesado el lago con los patos, dándose cuenta de que sus verdugos la estaban siguiendo, dejó a la pequeña Inés sobre el pasto, sentada en el piso, y después de haberle dado un beso por última vez

fue hacia los militares para entregarse. Luego, dos ancianos que veían la escena fueron a levantarla.

De una u otra forma, ahora, sin entender, la pequeña Inés se encuentra en brazos de dos desconocidos que se dirigen a la salida. Mira el cielo con sus grandes ojos celestes y no sabe que le espera una nueva trama que las Moiras comenzaron a tejer para ella. Esta vez, el dios de lo inesperado le hace atravesar el arco del zoológico en sentido opuesto y ya no tendrá noticias de su madre.

Ese mismo domingo, en el mismo lugar, los militares están persiguiendo a otro chico, de veintiún años y de nombre Alejandro Sackmann Derwiduee, a quien llaman *el gurí*, palabra guaraní que significa *muchachito*. Primero le disparan hiriéndolo en una pierna, después lo agarran y se lo llevan. Estudia Sociología en la universidad y milita en las filas de Montoneros, igual que Mini, en la zona norte de Buenos Aires. Tenía que encontrarse con otros, tal vez delante de una jaula o de un pabellón, quién sabe; pero en lugar de encontrarse con sus compañeros de lucha, se encuentra con sus torturadores. En el pasado había sido campeón juvenil de natación en estilo mariposa, y como una mariposa, igual que Mini, se perdió en la nada, sumándose a una larga lista de desaparecidos. Los llevan, tanto a Mini como a Alejandro, a un cuartel de Campo de Mayo conocido

como *el Campito*, uno de los más grandes centros de detención clandestina, tortura y exterminio. Mientras tanto, la misma tarde del 29 de agosto, otro grupo militar o paramilitar ingresa en casa de los padres de Alejandro Sackmann Derwiduee y la registra de arriba abajo. Al día siguiente sale una nota en un diario en la que se declara que el ejército y la Policía Federal capturaron a dos delinquentes subversivos, mientras estaban dentro del zoológico de Buenos Aires a punto de organizar un atentado. Alejandro muere dos días después bajo tortura; de Mini, en cambio, no se sabe exactamente cuándo el dios de lo imprevisible decidió arrebatársela a sus torturadores.

Conocí a Adelaida Gigli en octubre de 1988, cuando ella tenía sesenta y un años. Fui a su casa para acompañar a un amigo que estaba escribiendo una nota introductoria para un catálogo de sus obras. Entonces no sabía nada de su historia, del vínculo que había tenido con la Argentina y con el mundo cultural de Buenos Aires, ni mucho menos de las circunstancias que la habían llevado a ese departamento que da al patio de la iglesia de San Agustín en Recanati; conocía solamente a David Viñas, por haber oído hablar de él y por haber leído uno de sus ensayos, pero ignoraba que esa mujer con el cabello à la *garçonne*, anteojos grandes y espesos y una camisa multicolor hubiera estado ligada sentimentalmente a Viñas ni que

juntos hubieran tenido dos hijos. Me parecía extraño encontrar ese fragmento de historia argentina escondido del otro lado del océano, en ese patio conocido sobre todo por el campanario de la iglesia, la famosa Torre del Gorrión Solitario. Todavía hoy, años después, resuena en mí el tañido de las tres campanas que se desata al unísono mientras al mismo tiempo escucho a Adelaida que, sin prestar atención al ruido, nos habla de Buenos Aires. La torre, como bien saben los que la visitaron, es el punto más alto de la ciudad, y en su idilio, *el gorrión solitario*, que es el canto por antonomasia de la soledad, Leopardi imagina a un gorrión que observa la vida lenta y monótona del pueblo, como hacía la propia Adelaida desde hacía unos diez años bajo esa misma torre.

Su departamento, un ambiente amplio lleno de esculturas de cerámica y cuadros, estaba dividido entre bibliotecas y muebles viejos. Cada pared parecía un pequeño universo a descubrir, con sus pliegues e incrustaciones. Algunas partes de las paredes, en las que el yeso cedía al paso del tiempo, se cubrían con sus cerámicas o sus dibujos; otras, con cuadros de su padre. Las placas de cerámica y las esculturas me hacían pensar que cuando la cruda realidad se muestra en su desnudez termina por transformarse en una mueca. Para Adelaida, estaba convencido, la belleza era una herida abierta.

Y es por eso que hoy, cuando pronuncio su nombre, me gusta hacerlo en la lengua en la que la conocí y en la que ella vivió toda su tragedia, el español: esa *a* final de Adelaida mantiene abierta aún sus relaciones con su propia historia, sus insurrecciones, porque así figuraba en la lista de los asesinos: Adelaida Gigli, la madre, la artista, la que se le ríe en la cara al poder, que recibe y protege a los disidentes. En cambio Adelaide, es decir su verdadero nombre de bautismo, heredado de su abuela paterna, la aleja de la lengua de sus revueltas, en el sentido de que esa *e* final pertenece a un ambiente italiano, que había sido apacible y próspero para su familia, tanto en el periodo que va de 1927 a 1931, cuando partió hacia la Argentina y cambió la *e* por *a*, como cuando volvió a su país natal, en 1978, escapando de la dictadura argentina.

Hasta cierta edad, que no sabría precisar, tutear a las personas me resultó muy difícil. A cualquiera que tuviera algún año más que yo lo llamaba de usted. Venía de un periodo histórico y de una familia en la que ciertas formalidades no se habían moderado todavía, y por lo tanto con Adelaida me atuve a esa fórmula, pero ella me lo reprochó de inmediato: «No, por favor, no me digas de usted que tengo apenas sesenta y un años. No me hagas sentir más vieja de lo que soy. Al único al que siempre llamé de usted fue a mi padre, y cuando le escribía empezaba: *Caro papà, he recibido su carta*. A

mi madre no, pero sí a mi padre... Él nunca me pidió cambiar ese registro, así que nunca lo cambié».

Nos contó, a mi amigo y a mí, sobre sus años de estudiante en la Universidad de Buenos Aires, de la represión del periodo peronista, de sus primeras colaboraciones con la revista *Centro* de la misma universidad: «El primer artículo que escribí era sobre Raquel Forner, la artista del Grupo Florida, tal vez en esa ocasión, creo que fue a comienzos del año cincuenta o antes, fui un poco crítica con ella, pero era una artista extraordinaria». Después de haber presentado una serie de obras dedicadas a la guerra civil española, Raquel Forner había declarado que concebía su pintura como un eco dramático de la historia, quería que estuviese al servicio de la libertad y denunciase los crímenes del hombre. En ese momento Adelaida tal vez no podía saber que, no mucho después, la tensión entre arte, vida y política se volvería también la clave de sus propias obras.

A continuación se detuvo, no le gustaba hablar de sí, y me preguntó, con una sonrisa irónica: «Y vos, ¿qué hacés en este lugar?».

Cuando la conocí en la ciudad había poquísimos extranjeros, así que cualquier encuentro de ese tipo suponía siempre una justificación; no era habitual encontrar alguien que hubiera dejado una ciudad como Buenos Aires para aterrizar en Recanati. Y como ni yo

mismo sabía bien por qué estaba ahí, más allá del hecho de que algunos de mis familiares eran de Recanati y otros de Montecassiano, ni cuánto tiempo terminaría quedándome, le respondí lo primero que se me ocurrió: «Por ahora trabajo los fines de semana con él», precisé, señalando a mi amigo, «mientras tanto, en la semana voy a la universidad, yendo y viniendo a Macerata».

«Ah, me parece fantástico,» exclamó.

Le parecía una noticia que realmente valía la pena festejar, o tal vez solo estaba buscando una excusa; lo cierto es que apenas le comenté de mi experiencia universitaria fue a la cocina a buscar una botella de whisky con tres vasos y una bandeja con hielo.

En ese momento tuve la impresión de que el tiempo solo la había rozado, dejándole muchas huellas de su juventud: el modo de caminar, de observar las cosas y de hablar, pero sobre todo la lucidez con la que lograba abordar cualquier argumento. Recuerdo todavía el primer día en el que hablamos de algunos autores sudamericanos y ella me sugirió con mucho énfasis *Paradiso* de José Lezama Lima: «Pero después olvidalo».

Lo mismo valía para *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, para los cuentos de Julio Cortázar, para las poesías de César Vallejo y de Evaristo Carriego, incluso para los ensayos de Ezequiel Martínez Estrada: «Olvidalos a todos, después de leerlos bien».